

## Hebdomadarias<sup>1</sup>

¿De qué hablar aún, si no es de Cyrano? El gascón romanesco se ha captado todas nuestras simpatías; su penacho blanco se ha paseado en triunfo por los revueltos campos de nuestra imaginación latina, y nos han cautivado su tizona aventurera y su ingenio peregrino. Rostand no previó acaso que su gascón baronet era un godo hijodalgo, un español chapado a la antigua, descendiente en línea recta de Amadís de Gaula y Pentapolín del Arremangado Brazo, de Don Galaor y Don Quixote.

Es la primera vez en el teatro que se ve la dualidad de un efectista ingenioso, sirviéndose al mismo tiempo que del golpe escénico deslumbrador y maravilloso, de la sutileza y delicadeza amovientes de un drama pasional terriblemente humano. Que el gascón estaba apasionado hasta la médula de los huesos, lo prueba su diaria visita durante 14 años para deleitar su hastío moribundo con la belleza estival de Roxana, para deleitar su amor imposible con la música de su plática de pájaro prisionero. ¡Extraño personaje ese Cyrano, mitad histrión, mitad poeta, mitad héroe, mitad galán infortunado! Histrión de su nariz, pone al servicio de su ingenio de poeta su propia deformidad, y hace de ella un aditamento de gloria, como Alarcón de su joroba.

Nada más pintoresco que esa mesnada de gascones de bigotes y perilla mosquetera, cabellera desordenada y jubones haraposos –harapos sagrados como los de las viejas banderas hechas girones gloriosos–; ostentadores de vivos tonos meridionales de una época dichosa en que la poesía del color bullía al sol, en que los trajes se plegaban, modelando escorzos gallardos o fieros movimientos libres de cuerpos donairosos, de razas gentiles bronceadas por el calor del Mediodía! ¡Dichoso el músico que haga una ópera de *Cyrano*! Esos gascones cantando al amor y al vino, al honor y a la vida, a la alegría y al placer, cosas que van desapareciendo como ha desaparecido, como se ha marchitado el esplendor de los trajes medioevales hasta degenerar en la indumentaria de trajes negros–luto de la triste época moderna por la belleza decorativa de las épocas caballerescas–; esos gascones cantando harán de *Cyrano* la eterna canción de la juventud ebria de vida y de esperanza, prodigando sus risas locas de espíritus bellos que florecen al sol y al cielo con la divisa de amar, beber y cantar, hasta caer acribillados de metralla con muerte de gloria! *Cyrano* quedará enamorado y dolorido, entreteniéndose sus ocios de espadachín retirado del mundo y su reuma de mujeriego, con escribir y componer sus *Histoires comiques des États et empires de la Lune et du Soleil*, para morir a los 35 años apasionado y olvidado, hasta que en el crepúsculo del más híbrido de los siglos –y también el más grande– un egregio poeta de Francia lo haga vivir con la divina vida del arte, y surja vibrante y sutil, desafiador y loco, grotesco y heroico a decir frases de amor como pocas mujeres, muy pocas, habrán oído de labios sedientos con sed imposible de besar!

\*

Un querido poeta de mi adolescencia, de nuestra adolescencia diría, porque los dos fuimos adolescentes a un tiempo, Alfonso Rodríguez Belaunzarán, hase echado al Leteo, al dichoso Leteo donde se olvidan todas las miserias humanas, con una cadena de flores al cuello y una dulce compañera, Amelia García, estrechada sobre su corazón.

---

<sup>1</sup> Rubén M. Campos, “Hebdomadarias”, *La Patria*. Diario de México, año XXIV, núm. 6 957 (21 de enero de 1900), 1.

Las bodas –porque fueron bodas, romántica y linda lectora– se celebraron en Laredo de Tamaulipas, criadero de perlas en el que Alfonso, buzo de amor como buen poeta, pescó esa perla preciosa.

¡Duerme en paz, hermano mío, duerme en paz ese sueño de amor que has realizado y no despiertes a las amarguras de la vida, a las crueldades de la suerte, a los desencantos de la falsía explotadora de amistades! Fuiste de la pelea, fuiste de la mesnada, fuiste de la bohemia conquistadora... Y bien ¡Has conquistado un corazón hermoso! ¿Qué mejor premio? ...

Has colgado tu nido en las vegas floridas de un río poetizado por la leyenda, has cumplido tu sueño: que su canción tierna te arrulle, que su reclamo quejumbroso de paloma-torcaz despierte en tu corazón recuerdos de lejanos y dorados días... ¡Y acuérdate una vez, acaso, de los solitarios de la vida!

\*

Anoche se estrenó en Arbeu una leyenda lírica, *Atzimba*, escrita por Alberto Michel y musicada por Ricardo Castro. Voy a oírla y daré mi impresión de esa leyenda purépecha, de la que sólo sé que tiene una decoración pintoresca, una letra romántica y caballeresca y una música deliciosa sin duda, como la música de Castro, apasionada y lírica, ebriante de la inspiración del compositor mexicano.

¡Es el arte, el arte nuestro, que despierta!

Rubén M. Campos